

---

Yo, mi, me... contigo





Seix Barral Biblioteca Formentor

---

**David Safier**

Yo, mi, me... contigo

Traducción del alemán por

Lidia Álvarez Grifoll

---

## EDICIÓN NO VENAL

Diseño de la cubierta: Vis-tek

Diseño original de la colección:  
Josep Bagà Associats

Título original: *Plötzlich Shakespeare*

Primera edición: octubre 2011

© Rowohlt Verlag GmbH, Reinbeck bei Hamburg, 2010

Derechos exclusivos de edición en español  
reservados para todo el mundo:

© EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A., 2011  
Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)  
[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

© Traducción: Lidia Álvarez Grifoll, 2011  
Impreso en España

También disponible en e-book

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

---

—No te preocupes, el hipnotizador no puede vernos aquí arriba.

Axel se había dado cuenta de que yo estaba temblando de miedo. Me cogió la mano para tranquilizarme. Suave y cariñosamente. Eso me sorprendió, puesto que solía ser más bien sobón. Lo miré y me sonrió ensimismado. ¿Había cierto enamoramiento en su mirada? Eso era prácticamente imposible. Axel no era de los que se enamoraban. Y menos aún de alguien como yo. ¿O tal vez sí? ¿Porque yo era la única que le había dado calabazas durante años? Retiré mi mano de inmediato. Los ojos de Axel parecieron entristecerse por un breve instante. Dios mío, ¿no estaría de verdad...?

Me apresuré en mirar al frente, y vi que Próspero se estaba acercando. El corazón me latió más deprisa. El mago venía directo hacia nosotros. Como si notara mi presencia. Estaba a tan sólo dos filas. Se me paró la respiración. Pero entonces se detuvo delante de un hombre gordo y bajito.

—Venga conmigo, por favor.

—Gracias a Dios —musité, y respiré hondo.

Próspero me oyó y me lanzó una mirada penetrante. Luego bajó a la pista con el hombre.

Un sudor frío me cubrió todo el cuerpo. Segura-

---

mente tendría que volver a ducharme antes de mi rollo de una sola noche.

Axel intentó cogerme de nuevo la mano, pero esta vez la retiré antes de que se acercara demasiado, y también me aparté de él. Ese rechazo, al que no estaba acostumbrado, hizo que se pusiera a parlotear:

—Rosa, ya sé que piensas que soy un ligón... y que sólo quiero acostarme contigo, pero yo no quiero acostarme contigo...

—Vaya, ¡muy amable! —dije, sonriendo burlona.

—Perdona, no quería decir eso... Es sólo que... he cambiado... Ya he cumplido los treinta y cinco... y ahora busco algo sólido en la vida...

Típico. Precisamente cuando, por una vez en la vida, yo quería un rollo de una sola noche, el donjuán de las maestras maduraba.

No quise continuar con la conversación y le indiqué a Axel que callara. Asintió confundido y miramos hacia la pista. El hombre rechoncho le estaba confesando al mago que tenía poca autoconfianza y yo pensé: «Bienvenido al club.»

Próspero explicó pomposamente que enviaría a aquel hombre tímido a una vida anterior y, gracias a ello, descubriría el potencial de su alma inmortal. El mago gesticulaba y matizaba las palabras como si hubiera asistido a la Escuela de Klaus Kinski para sobreactuaciones. Próspero cogió un gran péndulo dorado, el gordinflón lo miró fijamente y cayó en trance con los conjuros del hipnotizador. Entonces, de repente empezó a hablar en inglés con un acento muy marcado:

—*Where am I?*

---

—*What's your name?* —preguntó a su vez Próspero.

—William Cody —contestó el hombre.

Axel me susurró al oído:

—William Cody... es Buffalo Bill, el héroe del Oeste.

El hombre gordo y bajito se levantó, de repente no sólo hablaba en otra lengua, sino que ya no vacilaba. Próspero le pidió a su ayudante que fuera a buscar a toda prisa las armas de la mujer pistolera del circo. El gordinflón empuñó los Colts y apuntó hacia el público. Todos temimos que acabaríamos siendo actores secundarios en una próxima masacre, y nos agazapamos. Pero antes de que el pánico aumentara, Próspero intervino y animó a Cody a ejecutar algún número de tiro. Lo hizo, ¡y cómo! Primero en dianas, siempre en el blanco. Acto seguido, disparó a unas velas encendidas y, para acabar, echó a volar a un papagayo del circo. El ave aleteó por debajo de la cúpula y Cody disparó tres veces al animal. Pero éste no cayó al suelo, sino que continuó aleteando despavorido. Tres plumas arrancadas de un disparo limpio descendieron planeando lentamente hacia la pista.

—Para sorprender a propios y extraños, pistoleros y protectoras de animales —intentó bromear Axel, pero yo no escuchaba; la transformación del gordo inseguro era demasiado fascinadora y emocionante.

Próspero le pidió a Cody que volviera a mirar el péndulo, y éste regresó a su antiguo «yo» alemán y vacilante. Con una pequeña diferencia:

—¿Cómo se siente? —le preguntó el hipnotizador.

---

—Más valiente —contestó el hombre, sonriendo satisfecho.

El público prorrumpió en aplausos. Y yo también.

Por primera vez en mi vida le tenía envidia a un gordo.

Cuando Axel y yo salimos de la carpa después de la función, nos hizo falta un rato para volver a charlar. Yo no tenía muy claro si me apetecía alargar la noche con él. Evidentemente, Axel notaba mis reservas. Confuso, me preguntó si quedaríamos otro día. Aquel hombre buscaba realmente una relación. Precisamente él. Precisamente conmigo. ¿Podía ser más absurda la vida?

Habría sido injusto dejarle creer que yo también buscaba algo sólido.

—Axel, ¿puedo serte sincera?

—Pues claro, Rosa.

—Yo sólo quería pasar contigo una noche agradable.

—De acuerdo... —dijo, y respiró hondo—. Eso ha sido sincero.

—Y ahora ya no quiero ni eso.

—Eso casi ha sido demasiado sincero.

—Porque tú buscas una relación y no jugaría limpio contigo.

—Bueno —dijo Axel con una sonrisa algo forzada—, también puedo soportar un poco de juego sucio.

—Pero a mí no me gusta jugar sucio —repliqué suavemente.



---

Axel estaba afectado. Y su vulnerabilidad me conmovió: el donjuán tenía corazón, y sentimientos. Y le sentaban bien. Pero tenía una pega decisiva: no era Jan.

Después de que Axel se despidiera, me compré un algodón de azúcar antifrustración, caminé mustia con él por el circo de noche y me fijé en que un gordinflón bajito, que había sido Buffalo Bill, se dirigía a una de las caravanas. Parecía contento y satisfecho. No era de extrañar: Próspero le había enseñado el potencial de su alma. Ni idea de cómo, probablemente todo había sido una farsa. Más aún, ¡seguro! No obstante, deseé un poco de esa maravillosa farsa: Jan iba a casarse con otra, yo tenía una profesión que me producía más o menos la misma alegría que una erupción súbita de acné y no sabía qué hacer con mi vida. Ni siquiera me las apañaba con un rollito de una sola noche. Si mi alma tenía algún potencial, yo no tenía la más remota idea de cuál podía ser.

Seguí a cierta distancia al gordinflón feliz que había sido Buffalo Bill y lo vi llamar a la puerta de una caravana. Abrió Próspero, que entonces llevaba vaqueros y una camisa de leñador, y le alargó un pequeño sobre. El gordo contó sin tapujos el dinero que había dentro.

El algodón de azúcar se me cayó del susto.

—No puede ser —me dije en voz baja.

Próspero, que por lo visto tenía un oído bastante fino, se percató de mi presencia. Vio que lo estaba mirando. Yo vi que él me miraba. El gordinflón vio que Próspero veía que yo lo miraba... y vio la manera de poner tierra por medio.

El mago me fulminó con su mirada penetrante, pero no me dio miedo. Sentía demasiada curiosidad por saber cómo se había producido exactamente el engaño, me acerqué a él y le pregunté abiertamente:

—¿Cómo lleva a cabo el engaño? No puede sacar cada día al mismo hombre a la pista, eso no pasaría desapercibido...

—Hay muchos artistas en paro —respondió Próspero. Sorprendentemente, no intentó excusarse sino que parecía muy seguro—. Ayer tuve a una mujer que baila con serpientes, y en la función afirmamos que había sido bailarina en la corte del califa Abu Bakr.

---

—Seguro que con la regresión superó bailando sus bloqueos sexuales —conjeturé con cierto retintín sarcástico.

—Exactamente —confirmó, y volvió a entrar en la caravana.

Moví los pies un momento, indecisa; luego lo seguí. La caravana de Próspero era de lo más normal: una cama, ducha, unos cuantos libros. Ningún ataúd con tierra de Transilvania. Nada enigmático. Sólo el péndulo dorado, que estaba tirado de cualquier manera encima de una mesa plegable de madera. En las paredes había colgadas unas cuantas fotos suyas, en una se le veía vestido de monje en un templo. Al menos, en lo del Tíbet no había mentido.

—Así que todo eran chorradas —constaté dolida.

Una pequeña parte de mí había deseado realmente que aquel hombre no fuera un charlatán.

—Las regresiones no son una chorrada —objetó—. Los monjes shinyen han hallado realmente el modo de enviar la conciencia al pasado.

Sonreí irónicamente.

—No me cree —afirmó.

—Muy observador.

—Hay cosas entre el cielo y la tierra que el saber erudito no imagina ni en sueños —dijo Próspero sonriendo—. Sabemos tanto del universo como un perro de telefonía móvil.

En eso quizás tenía razón: al fin y al cabo, los científicos cambiaban cada dos por tres los modelos que usaban para explicar el mundo.

—Quiero ayudar a la gente. Y las funciones en el circo me traen gente. Por eso las hago —dijo, y sus

---

palabras sonaron extrañamente sinceras—. Siempre hay alguien entre el público que espera ayuda. Luego, algunos se atreven a venir a verme al día siguiente.

—O sea que es usted tímido por misericordia —me burlé.

—Podría decirse así —replicó sin rastro de ironía—. Seguro que usted ha pensado que sería maravilloso poder darle un nuevo rumbo a su vida.

Miré al suelo como si me hubieran pillado en falta.

—Al parecer he vuelto a ser muy observador —dijo, sonriendo satisfecho.

Aquel hombre leía en mí como en un libro abierto. Un libro titulado: *Mi desastrosa vida y yo*.

—Puedo darle un nuevo rumbo a su vida —explicó Próspero con voz insinuante y profunda.

Tragué saliva, un nuevo rumbo para mi vida sería de agradecer, suponiendo que el nuevo rumbo fuera mejor que el viejo, lo cual tampoco podía ser tan difícil.

—¿Quiere? —preguntó Próspero, y yo empecé a sentir miedo: ¿Qué se proponía aquel tipo? ¿Hipnotizarme?

—Yo... yo... —farfullé—. Yo creo que me he dejado la plancha enchufada en casa...

Di media vuelta para irme. Pero Próspero se interpuso serenamente en mi camino, cerró la puerta de la caravana... y cogió el péndulo de la mesa.

---

*Drake estaba en el escenario, desenvainó su espada y cortó amenazadoramente el aire con ella, del mismo modo que pronto me rebanaría el cuello.*

*—Lo conseguirás, William. Tú eres el mejor —musitó Robert.*

*—Me animaría más si me lo dijera un hombre sin voz de falsete —repliqué en un susurro.*

*Drake se me acercó a paso ligero blandiendo su espada. Yo estaba obligado a desenvainar también la mía. Era una espada de teatro ligera con la que el príncipe de Navarra correteaba en nuestra última obra, Trabajos de amor perdidos. La cabeza me bullía. ¿Qué iba a hacer? Tenía que atizarle con mis armas, con palabras. Si provocaba con insidia a Drake, quizás cometería un error que yo podría aprovechar para asestarle una estocada mortal.*

*—Sólo he tenido una amante que fuera peor que vuestra esposa —proclamé.*

*—¿Quién? —preguntó Drake, picado por la curiosidad de saber quién podía ser más horrorosa que su esposa en la cama.*

*—Vuestra señora madre.*

*Drake se abalanzó rojo de ira hacia mí e intentó asestarle un primer golpe, que pude parar sin problema. Gracias a las escenas de espadachines poseía unas dotes modestas cuando se trataba de luchar a espada.*

---

—Robert, mi padrino, también se acostó con vuestra madre. Ama a las mujeres que tienen más barba que él.

—Si vuelves a ofender a mi madre... —amenazó Drake.

—La ofenden todas las mañanas, justo cuando se mira al espejo —repliqué mientras paraba una estocada que apuntaba directamente a mi corazón.

Drake me obligaba a retroceder con pasos rápidos y yo estaba a punto de caerme del escenario. Había llegado el momento de intensificar las ofensas, a ser posible hasta lo inaudito.

—Vuestra madre trabaja en el puerto, en los pesqueros. —Drake se quedó desconcertado, y yo concluí—: ¡De hediondez!

Drake resolló. Yo continué con mi osado juego:

—Y cuando sale de allí y se adentra nadando en el mar, las ballenas se alegran de volver a acogerla en el seno familiar.

—MI MADRE NO ES UNA BALLENA —gritó Drake, y me atacó con la espada, una y otra vez.

Había conseguido apartarlo del elegante estilo por el que era admirado en todo el reino.

—Lo admito, es demasiado delgada para ser una ballena —gemí mientras intentaba rechazar los coléricos embates.

—ARGGG —gritó entonces como un animal enfurecido.

—Os expresáis de un modo fascinante —me burlé.

—ARGGG.

—Y tan variado.

—¡ARRRRGGGGGGG!

---

—Dejadlo o sentiré celos de vuestro arte para fabular.

*El enfurecido Drake me dio en el brazo. No fue un gran rasguño, pero la sangre brotaba de la herida como de una pequeña fontana. Mi estrategia parecía fallar. Miré a Kempe y vi que sus ojos también irradiaban poca confianza. Mi muerte parecía aproximarse inexorablemente y sería dolorosa. Dios mío, cuánto deseaba que otra persona estuviera en mi lugar.*

Próspero sostenía el péndulo delante mí.

—Las verdaderas regresiones no transcurren como en el escenario —explicó.

—¿Y cómo transcurren?—pregunté, aunque hubiera preferido largarme, puesto que la curiosidad que sentía era tan grande como el miedo.

—Relajadamente. El viajero en el tiempo se tumba y cae en una especie de sueño. Luego permanece todo el rato relajado —contestó Próspero.

—¿Una especie de sueño? —inquirí.

—No dura mucho en nuestro tiempo, sólo unas horas. Pero, en la regresión, durante esas horas algunos viajeros han vivido toda una vida en el pasado.

—¿Toda una vida?

—Tuvieron la sensación de haber estado años o incluso décadas en el pasado. Yo mismo viví cinco años siendo un guerrero de Ablai Khan. Y sólo estuve dos horas en trance.

—Bueno, al menos la gente obtiene algo a cambio de lo que paga —me burlé, aunque las rodillas me temblaban ligeramente.

—No acepto dinero.

—Entonces, ¿qué? ¿Bonos?

—Mi misión es ayudar a la gente —replicó Prós-



---

pero, y me acercó el péndulo dorado—. Mire fijamente el péndulo.

—No lo dirá en serio —dije sonriendo con nerviosismo.

—Mire fijamente el péndulo.

Quise apartar la vista, pero oscilaba tan plácidamente. Y la voz de Próspero era tan agradable.

—Mire fijamente el péndulo...

*—Vuestra madre, con su sola presencia, es capaz de despojar a los hombres de su fertilidad.*

*Mis tentativas de provocar a Drake eran cada vez más desesperadas. Entonces, de repente, se me cerraron los ojos.*

—Así, muy bien... sígalo con la mirada... —surró Próspero.

El péndulo oscilaba de un lado a otro con regularidad, me sentía tranquila y pensé: «Realmente no está nada mal un péndulo, qué relajante.»

—¿Cuál es el mayor problema de su vida? —preguntó Próspero.

—El amor... —respondí relajada, y me senté en su catre.

—Suele ocurrirles a la mayoría de las personas. Eso se debe a que no saben qué significa el verdadero amor.

Los párpados se me cerraron lentamente. Me invadió un cansancio inaudito.

*Fue como si alguien me hubiera dado un bebedizo para dormir. Todavía balbuceé:*

---

—Seguro que vuestra madre también es capaz de castrar ovejas con su sola presencia...

—Ahora túmbese —susurró Próspero.

Yo estaba completamente relajada y me tumbé de espaldas.

—No piense en nada.

—Hum... no pensar en nada... suena seductor... Sonreí y cerré del todo los párpados.

*La vista se me nubló definitivamente, pronto moriría atravesado por la espada de Drake. Mi penúltimo pensamiento de añoranza fue para mis hijos: Susanna... Judith... Hamnet... Y mi último pensamiento fue para el amor de mi vida... Anne... mi maravillosa Anne...*

—Ahora viajaré al pasado —oí decir a Próspero en la lejanía—. Pero debo advertirla. El viaje es peligroso y si muere estando en el pasado, su espíritu morirá también en el presente. O sea que tenga cuidado.

Si no hubiera estado tan profundamente relajada, eso me habría dado un miedo terrible.

Y, finalmente, oí decir a Próspero en voz muy baja:

—Volverá a despertarse cuando haya descubierto qué es el verdadero amor.

Lo primero que oí a continuación fue:

—¡Mi madre no castra ovejas!

Lo primero que vi fue a un hombre enfurecido, con bigote y de pie encima de mí, que por lo visto estaba tirada en el suelo. Distinguí que el hombre llevaba medias y, sin querer, me vino a la cabeza: «Homosexual. O bailarín de ballet. Probablemente ambas cosas.»

Lo primero que sentí fue dolor. Me dolía el antebrazo, me ardía horrores. Miré instintivamente y vi que llevaba una especie de camisa ancha (me recordó las camisas de corsario de *Los piratas del Caribe*) y que la camisa estaba rasgada. O no, más bien estaba desgarrada. En el punto donde se encontraba el desgarró, la camisa era de color rojo oscuro. Estaba sangrando.

Dios mío, ¡estaba sangrando!

Descubrí que, por debajo de la sangre, el brazo era muy peludo. Los pelos negros estaban pegados por la sangre. Era imposible que eso fuera mi brazo, ¿no?

No, ¡fijo que no lo era!

Pero, entonces, ¿por qué sentía aquel terrible dolor?

Antes de que pudiera empezar a procesarlo todo, el hombre se inclinó hacia mí gritando:

—¡Mi madre no castra a nadie!

¿Por qué eso le importaba tanto? En otras cir-

---

cunstances, le habría recomendado educadamente que hiciera psicoterapia; por lo visto, tenía que superar urgentemente algo con su madre. Pero la conversación era impensable, aquel tipo quería matarme... ¡con una espada! ¡Con una espada de verdad! ¿De qué iba aquel mal viaje? ¿Había ido a parar realmente a una vida anterior?

Tonterías... Seguro que era un sueño hipnótico. Próspero había hecho oscilar su péndulo ante mis ojos y yo había entrado en trance.

Pero todo aquello, aquel tipo bramando sobre mí, el dolor, el miedo, todo parecía mucho más real que cualquier sueño que jamás hubiera tenido. Mucho más intenso. Era en directo, en color y en 3-D. ¡Como la vida misma!

No, no exactamente, incluso daba la sensación de ser más real que la vida misma. Un poco más real. Quizás se debía a la gran cantidad de adrenalina que fluía por mi cuerpo. Si es que ése era mi cuerpo... Aquel antebrazo sangrando, ¡definitivamente no era mío! Al menos yo no quería que lo fuera. Dolía demasiado. Y si entonces ya dolía tanto, ¿qué terrible dolor sentiría cuando aquel loco me abriera el cráneo con su arma?

El hombre levantó la espada para asestar el golpe mortal.

Me dominó el pánico, la asfixia, un miedo increíble. Me sentí como un animal en el matadero, no se me ocurría ninguna idea.

—¡Échate a un lado! —oí gritar a una voz profunda—. ¡Rápido!

Eso hice exactamente de manera instintiva. La

---

espada de aquel hombre descendió silbando y se clavó a menos de diez centímetros de mí, y noté una fuerte corriente de aire. Si no me hubiera echado a un lado, me habría partido en dos mitades. Pero su espada se clavó en la tabla de madera donde yo estaba tirada un instante antes. Sí, estaba tirada sobre una tabla de madera. ¿Me encontraba en un barco pirata?

El hombre, maldiciendo, intentó arrancar la espada de la tabla; la había hincado con tanta fuerza que tenía dificultades para recuperarla. Me levanté de un salto y vi que me encontraba en una especie de escenario que se alzaba en medio de una gran sala, también construida en madera. Así pues, aquello no era un barco pirata. Algo era algo.

Lo que había alrededor y en lo alto, ¿eran palcos? Tanto daba. Bajé la vista para mirarme: llevaba botas negras y también medias. ¿Por qué estaban tan abombadas en la zona de la entrepierna?

«No pienses en ello», me dije.

Observé cómo el hombre que maldecía estaba sacando la espada del suelo y murmuraba algo así como «Voy a castrarte».

¿Castrarme? ¿Tenía eso algo que ver con las medias abombadas?

«¡NO PIENSES EN ELLO!», me ordené.

Antes que nada tenía que salir de aquel embrollo. Por un instante pensé que a lo mejor debería limitarme a esperar hasta que despertara de la hipnosis, pero entonces volvió a aquejarme un dolor en el brazo y recordé que todo aquello era muy real. Y me vino a la mente otro pensamiento: ¿Y si muero aquí? Próspero había dicho que también moriría mi espíritu. Enton-

---

ces mi cuerpo, que estaba tumbado en la caravana del circo, sufriría una especie de apoplejía. ¿Iba a arriesgarme a ello? Terminantemente, ¡no!

El loco ya había arrancado la espada del suelo con una fuerza infinita y acababa de darle una patada a una segunda espada, más ligera y que estaba en el suelo, para que yo no pudiera alcanzarla. Pero yo no me proponía hacerlo, puesto que no sabía nada de esgrima. De hecho, no sabía luchar con nada. Ni siquiera con los puños. La última vez que me metí en una pelea fue en segundo de primaria, cuando el incordio de Niels, un niño gordo que siempre molestaba a los más pequeños en el parque infantil, se pasó toda la tarde cantando «Rosa, Rosa, en los pantalones se hace una cosa». En un momento dado, se me cruzaron los cables, corrí hacia Niels y lo tiré del tobogán. El crío chocó con la barbilla en el borde metálico del tobogán. Empezó a sangrar y a llorar. Y yo recibí una larga ovación de los demás niños del parque.

El chalado se acercaba con mirada asesina. Salí corriendo, con unas piernas que, según comprobé contenta, corrían bastante deprisa aunque llevaran medias. Nunca antes había podido correr tan rápidamente, ni siquiera de jovencita, cuando aún practicaba deporte con regularidad. Por lo visto, me habían tocado en suerte unas piernas musculosas. ¿Serían tan velludas como los brazos? ¿Tendría eso algo que ver con las medias abombadas?

«¡NO PIENSES EN ELLO!», me grité a mí misma.

Bajé de un salto desde el entablado al suelo de arena y eché a correr pasando por delante de un joven

---

maquillado y vestido con ropa de mujer de otra época. (¿Eran todos homosexuales?) A su lado había un hombre gordo, vestido con ropa más extremada que Elton John. (Ya no había duda, todos eran homosexuales.)

Seguramente aquel gordo había sido el que antes me había gritado con voz profunda que me echara a un lado. Eso lo convertía inevitablemente en la persona más simpática del recinto... sala... de dónde fuera que me encontraba.

Busqué desesperadamente una salida de aquel extraño edificio, vi una gran puerta de madera y me dispuse a correr hacia ella.

—¡Detente! —gritó el espadachín chalado detrás de mí.

Pero si no me muevo, pensé.

—¡Detente!—gritó de nuevo, en voz más alta y agresiva.

Corrí hacia la puerta sin volverme una sola vez. La puerta no estaba cerrada, sólo entornada. No tenía ni idea de qué mundo habría detrás, pero esperaba que fuera menos violento.

—¡DETENTE! —oí de nuevo.

Mi mano ya se dirigía hacia la puerta para entreabirla y huir, cuando oí un disparo. Sonó como un petardo de Fin de Año. A mi lado reventó un pedazo de puerta y olió a madera quemada. Aquel tipo había disparado. ¡Había disparado de verdad! Si, como dijo Próspero, aquello era una vida anterior, mi verdadera vida me pareció de repente enormemente atractiva.

Me temblaba todo el cuerpo. Me di la vuelta lentamente y vi que el tipo me apuntaba con una pis-

---

tola antigua que parecía sacada del atrezo de una película de piratas. Si me disparaba, lo único que yo podía hacer era rezar para que no me doliera y para que el espíritu de mi cuerpo, que estaba cómodamente tumbado en la caravana del circo, no muriera por mucho que Próspero hubiera insistido en advertírmelo. Pero si mi cuerpo perdía su espíritu, probablemente pasaría el resto de mi vida llevando pañales y babeando a causa de la apoplejía.

¿Qué debía hacer? En las películas, el héroe suele tener una idea genial en esos casos, como quitarle el arma al villano, por ejemplo, desconcertándolo con comentarios agudos. Igual que James Bond al señalarle educadamente al amo del mundo en potencia que acababa de acostarse con su amiguita. Y que ella le había hablado de la impotencia del aspirante a amo del mundo. Pero, allí, la única que estaba desconcertada era yo.

El gordo con chaleco de Elton John agarró una tabla de madera. Quería tumbar de un trancazo a mi asesino en potencia.

«¡Buena idea!», pensé, poco pacifista. Al menos, tenía a alguien de mi parte.

Por desgracia, unos cuantos hombres con medias muy elegantes avanzaron hacia el gordo. Estaba claro que eran partidarios del loco, pero no dijeron nada, se limitaron a amenazarlo lúgubrementemente con sus espadas. El gordo, resignado, dejó caer la tabla, que chocó estrepitosamente contra el suelo. Después me miró con tristeza, saltaba a la vista que no quería perderme. Al parecer, yo significaba mucho para él. Y si aquel hombre parecía homosexual y yo tenía los brazos peludos y llevaba medias abombadas, ¿podía ser que yo lo fuera...?



---

¡¡¡NO PIENSES EN ELLO!!!

El loco volvió a apuntarme. Apretaría el gatillo en cualquier momento. La mano no le temblaba en absoluto; de pronto parecía tener mucha sangre fría. Casi daba la impresión de que ya cargaba con muchas muertes en su conciencia, seguro que eso tenía algo que ver con algún trastorno en la relación con su madre.

Tenía que impedirselo, tenía que hacer algo para ganar tiempo, y dije lo primero que se me ocurrió:

—¿Habéis probado con terapia?

Drake me miró extrañado y caí en la cuenta de que probablemente aún faltaba bastante hasta que se inventara el diván de psiquiatra.

Sin embargo, con esa pregunta había impedido que apretara el gatillo; tenía que continuar si quería aumentar mis probabilidades de sobrevivir.

—Me refería a si os habéis planteado alguna vez hablar con alguien sobre vuestra madre castradora.

—¡YO NO TENGO PROBLEMAS DE CASTRACIÓN CON MI MADRE!

—Ya, y por eso gritáis tanto —repliqué con mucha tranquilidad.

El loco se sintió atrapado en falta y bajó ligeramente la pistola. Ahora se trataba de seguir por ese camino:

—Seguro que vuestra madre era muy severa, puede que nunca os abrazara...

—¡Eso no es verdad! —objetó con vehemencia—. Me abrazaba a menudo. Siempre. ¡Incluso me dejaba dormir en su cama!

Los hombres del loco soltaron unas risitas a su

---

espalda. Él empezó a sentirse avergonzado. Mostrándome lo más comprensiva posible, insistí:

—No tiene nada de malo que un niño duerma con su madre.

—¿De verdad? —preguntó inseguro, y bajó del todo la pistola.

Aquello parecía funcionar. Sólo le hacía falta un poco de consuelo.

—Es muy normal —susurré, y su semblante se suavizó—. Y también es muy saludable para el ánimo del crío.

—¿Sí?

—¡Segurísimo! —confirmé.

—¿Aunque el muchacho tenga ya diecisiete años? Sus hombres se echaron a reír entonces a carcajadas.

Eso hirió visiblemente al loco. Los miró encolerizado y dejaron de reír de inmediato. Luego se dio la vuelta hacia mí, enfurecido. Y yo empecé a balbucear:

—Bueno... a los diecisiete... a algunos... digamos que quizás... les parecería... un poco extraño... Pero...

—¡Te estás burlando de mí! —gritó, y me apuntó con la pistola.

Pronto dispararía. Respiré hondo e intenté tranquilizarme: quizás Próspero había mentido y a mí todo aquello no me afectaría en nada, quizás no acabaría en el asilo con una apoplejía, sino que despertaría en mi sano juicio en la caravana del circo. Y entonces le metería a Próspero el péndulo allí donde no pudiera volver a usarlo.

El dedo del loco apretó el gatillo muy lentamente.

---

te, casi con placer. El muchacho vestido de mujer empezó a sollozar y gritó:

—Will... Will... Will.

A saber qué quería decir con eso.

Mi viaje al pasado —o mi descabellado sueño hipnótico— tocaría a su fin tan deprisa como había empezado, y probablemente sería un fin mortal. Se me encogió el corazón hasta convertirse en un grumo apocado.

Entonces oí que la puerta se abría a mi espalda. Me golpeó en todo el espinazo y caí al suelo. Detrás de mí oí unos pasos enérgicos y una voz de hombre:

—¿Qué ocurre aquí?

Abrí los ojos y vi que el loco no estaba demasiado entusiasmado con la interrupción.

—Walsingham, ¿qué hacéis vos aquí?

—He venido a buscar al dramaturgo —explicó un señor mayor con barba, que llevaba un sombrero alto negro y lucía una gran gorguera blanca en el cuello que seguramente identificaba su alto rango.

El viejo tenía el carisma de alguien que no estaba acostumbrado a que nadie le replicara. Probablemente tampoco sobrevivía nadie que le replicara. Y es que lo acompañaban unos soldados que llevaban cascos y corazas ligeras de metal, y daba la impresión de que harían cualquier cosa que aquel hombre les exigiera: luchar, morir, bailar la lambada...

—El dramaturgo debe morir —protestó el loco, a quien el tipo de la gorguera había llamado Drake.

Deduje rápidamente quién de los presentes debía de ser el dramaturgo. Y el hecho de que utilizara el artículo masculino «el» para señalarme confirmó todos mis temores.

---

—La reina de Inglaterra quiere verlo —dijo el de la gorguera.

La reina de Inglaterra, y claro, primero pensé en la mujer bajita que había obstaculizado el camino al trono a Charles con su recalcitrante longevidad. Pero, evidentemente, allí habría otra reina. Ni idea de cuál, pero, por lo visto, yo había ido a parar a Inglaterra y, a juzgar por las armaduras, a una época muy anterior.

Todo aquello era, por desgracia, demasiado concreto y consistente para ser una simple alucinación. Porque, pensándolo con lógica, una alucinación debería de componerse de imágenes y de informaciones que se hubieran acumulado en mi subconsciente. Pero yo nunca había estudiado historia de Inglaterra en el colegio, no había visto ninguna película ni ningún documental sobre el tema y ni por asomo me había interesado por ella. Sin embargo, entendía el inglés y lo hablaba todo el rato como si me hubiera criado en esa lengua. Cada vez era más verosímil: había ido a parar de verdad a una vida anterior.

Vaya, hombre, ¿por qué no podía haber aterrizado en un sitio más agradable? Por ejemplo, en Beverly Hills. En una mansión. Como novia de James Dean. Que de vez en cuando, mientras James estaba de rodaje, recibía la visita de un joven Marlon Brando.

Drake seguía apuntándome con el arma, no quería atender al otro hombre.

Contuve la respiración.

—Drake, a la reina no le divertiría que lo matarais.

A mí tampoco, pensé, pero continué sin respirar del miedo que tenía.

---

Drake me miró, luego miró al tal Walsingham, de nuevo a mí y otra vez a Walsingham, que también lo escrutaba con una mirada sombría y, finalmente, bajó el arma de mala gana.

Volví a respirar.

—Bien hecho —comentó Walsingham.

—Lo mismo digo —se me escapó.

Los dos hombres me lanzaron una mirada severa. Probablemente no era buena idea hablar más de la cuenta en ese mundo anterior. Por lo tanto, cerré la boca. Drake se retiró a regañadientes con sus hombres, no sin antes susurrarme:

—Esto aún no ha acabado.

—Qué pena —dije suspirando.

¿Cuándo acabaría aquello? ¿Cuándo demonios volvería a despertar? ¿Qué había dicho Próspero? Puede darte la impresión de que vives toda una vida en el pasado. Ay, Dios santo, ¿duraría aquello muchos años?

Mientras yo luchaba desesperadamente contra la idea de tener que vivir mucho tiempo en esa pesadilla, el hombre gordo con el chaleco de colores chillones se sentó resollando en un banco, que se encorvó ligeramente bajo su peso. Se secó con un pañuelo el sudor que le cubría la frente. La situación parecía haberle agotado, lo más probable es que hubiera perdido tres kilos en los últimos minutos y ya sólo pesara 143. El muchacho, sin embargo, corrió hacia mí y me abrazó sollozando.

—Has sobrevivido, Will...

Entonces comprendí que ése era mi nombre: «Will».

Walsingham, el de la gorguera, se volvió hacia mí:

---

—Venid, enseguida.

Asentí educadamente. Quería irme de allí. Y puesto que lo más probable era que una reina viviera en un palacio, allí todo debería de ser mucho más agradable que en ese... Sí, ¿dónde me encontraba realmente? Miré por primera vez con tranquilidad a mi alrededor: parecía un teatro. Seguramente allí se representaban las obras del escritor, que ahora era yo, y el muchacho que me empapaba con sus sollozos el hombro de la camisa era muy probablemente un actor.

Por primera vez sonreí un poco: no era de extrañar que de adolescente me hubiera gustado tanto pensar en musicales, ¡en otra vida había sido escritor!

Sin embargo, no debía de ser muy popular o el tal Drake no habría querido matarme. Walsingham hizo una señal a sus soldados para que arrancaran de mi lado al muchacho. Éste se deslizó hacia el escenario quejándose con vehemencia de la viril rudeza de los soldados, aunque por su mirada podía deducirse que, en sus adentros, la encontraba muy atractiva.

—¡Vámonos! —ordenó Walsingham, cuya autoridad era realmente impresionante.

Yo habría bailado la lambada antes que ponerme a malas con aquel hombre. O el baile del limbo. Incluso los «pajaritos».

—La reina os necesita, a vos y vuestro arte, Shakespeare.

Pensé que no había oído bien.

¡¡Shakespeare!?!



